

los nombres de algunos pocos afortunados viajeros que, apelando á disfraces y artificios, lograron y llegaron á la famosa mezquita, y de otros á quienes costó su atrevimiento muchos sinsabores. Pero acaecida la guerra de Crimea, levantóse la prohibición, y mediante una retribución que varía según el número de personas que lo solicitan, otórgase permiso para visitar el santuario. que para los musulmanes es casi tan santo como el de la Meca, lleno como está para ellos de leyendas, memorias y objetos sagrados.

Expliquemos ahora sucintamente las grandes obras que para la formación de la artificial meseta en que se asienta realizaron Salomón y otros reyes, así como las que exigió el gigantesco muro de sostenimiento que la cerca.

Mientras el ángel exterminador descargaba sus golpes sobre el pueblo de Israel, como el profeta Gad mandara á David que erigiese un altar en la era de Ornán de Jebusita, David entregó á Ornán seiscientos siclos de oro, precio de la era. « Y edificó allí un altar al Señor; y ofreció holocaustos; y pacíficos, é invocó al Señor, y le oyó con fuego del cielo sobre el altar del holocausto. Y mandó el Señor al ángel; y volvió su espada á la vaina. » Pues bien, esta era, en la cual trillaban los cuatro hijos de Ornán, radicaba en el monte Moriah.

David había reunido los materiales necesarios para edificar un templo al Señor, pero Dios le dijo: « No edificarás casa á mi nombre, porque eres un hombre de guerra y has derramado sangre; » así que reservó la obra para Salomón.

Apenas había subido éste al trono, cuando Hiram, rey de Tyro, amigo constante de David, le mandó sus embajadores. El joven monarca envió también por su parte los suyos, rogándole á la vez mandara cortar á expensas suyas, cedros del Líbano á los sidonios que pasaban por los más hábiles obreros, con objeto de levantar un templo al Eterno. « Esta casa será grande, decía él, porque nuestro Dios es grande sobre todos los dioses. ¿Quién podrá tener nunca el poder de edificarle una casa digna de El? Porque si los cielos no pueden contenerle, ¿quién soy yo para edificarle una casa? Tampoco es más que para quemar incienso delante de El. » Salomón decía á Hiram: « Yo daré para alimento de tus gentes que se encarguen de hacer la corta, veinte mil sacos de trigo, veinte mil sacos de cebada, veinte mil barriles de vino y veinte mil barricas de aceite por año. »

Hiram respondióle, lleno de alegría, con la siguiente carta: « Jehová ama á su pueblo, y por esto te ha hecho rey. Bendito sea Jehová, Dios de Israel, que ha hecho el cielo y la tierra, y que ha dado el rey

David un hijo tan sabio, diestro y lleno de espíritu y prudencia para edificar una casa á Jehová y otra á su reino. Os envío, pues, un hombre diestro é inteligente, Hiram, mi padre. Su madre era de las hijas de Dam, y su padre Tirio. Sabe trabajar en oro, plata, cobre, hierro, en mármol, en madera y hasta en púrpura, jacinto, lino fino y escarlata; sabe también grabar toda clase de figuras, é inventa con gran ingenio todo lo que sea necesario para toda clase de obras. Trabajaré con vuestros sabios y con los sabios de mi Señor David, vuestro padre. En cuanto al trigo, cebada, aceite y vino que prometéis, puede enviarlo cuando guste á sus siervos. Por lo que á nosotros toca, cortaremos en el Líbano todas las maderas de que tengáis necesidad, encargándonos á su vez de ponerlas en el mar de Jufo (ó Juppe), y vos os encargareis de transportarlas hacia Jerusalén. »

El historiador Josefo refiere que el original de esta carta se veía todavía en su tiempo en los archivos de Tyro.

Arreglados de esta suerte todos los preparativos, Salomón hizo el padrón de todos los extranjeros ó prosélitos establecidos en su reino. Contáronse hasta ciento ochenta y tres mil seiscientos: setenta mil estaban ocupados en arrastrar pesos; ochenta mil en cortar piedras de las montañas, y tres mil seiscientos en estudiar diversas obras. Como en estos ciento ochenta y tres mil seiscientos no estaban comprendidos ni las mujeres ni los jóvenes menores de veinte años, ni los ancianos, sino solamente los hombres ya formados, se puede calcular en cerca de un millón de prosélitos ó extranjeros que entonces adoraban al verdadero Dios en sólo la tierra de Israel. Salomón eligió también entre los israelitas de origen treinta mil obreros, que enviaba diez mil cada mes á las montañas del Líbano, para ayudar á los sidonios á cortar los árboles y preparar las maderas. Las maderas y las piedras se cortaban antes de ser transportadas á Joppe, y de aquí á Jerusalén.

En cuanto á los obreros tirios y sidonios que estaban á disposición de Salomón, y que le había mandado el rey de Tyro, la escritura no dice su número. Eupolemo, citado por Eusebio, le hace subir á ochenta mil. Añádese á estos ochenta mil obreros egipcios que á Salomón envió Hiram; júntense á éstos los treinta mil hebreos y los ciento ochenta y tres mil seiscientos extranjeros, y darán entre todos una suma de trescientos setenta y tres mil seiscientos.

Ocurrirá preguntar de dónde Salomón pudo sacar tanto dinero para hacer aquellos gastos, porque aun cuando no pagara á los operarios, dada su largueza, más que á tres pesetas por día, y aun no suponiendo más que trescientos días de trabajo al año, los siete años completos supon-

drían para este considerable número de hombres que allí se emplearon durante aquel tiempo, una suma aproximada á mil millones de pesetas.

David dió á conocer á Salomón, su hijo, las grandes cantidades de oro, plata, cobre, hierro y mármol que él tenía reunidas para la construcción del templo, y estas riquezas fueron considerablemente aumentadas con las donaciones voluntarias que hicieron los israelitas. En cuanto al hierro y al cobre, la Escritura dice que no había ni peso ni medida; no dice más que el peso del oro y de la plata. La dominación de David se extendía desde el río de Egipto hasta el otro lado del Eufrates, y comprendía un país más grande y más rico que lo es España y aun Francia, en el que había minas de oro. David había reunido inmensas riquezas de sus numerosas conquistas. Los tributos que le pagaban debieron aumentarlos prodigiosamente en los cuarenta años de su reinado. Bajo el reinado de Salomón se asegura que el dinero era tan común en Jerusalén como las piedras.

La obra del templo empezó el año 480 de la salida de los israelitas de Egipto, año IV del reinado de Salomón, segundo día del segundo mes, sobre el monte Moriah. Al hacer los cimientos colocaron piedras de gran valor, tales como mármoles y pórfidos, de ocho y nueve codos de largas. Este templo debía ser por sí solo como una gran ciudad. Había en él señalado un recinto para los gentiles. Era cuadrado. Se calcula que cada lado de este recinto medía seiscientos codos, próximamente doscientos metros. Después venía un segundo recinto para los israelitas, que medía cada lado quinientos codos, ciento setenta metros próximamente. Después un tercero para los sacerdotes y levitas, de doscientos codos, setenta metros cuadrados próximamente. Por último, en medio de este último, el templo propiamente dicho, de setenta codos de largo, veinte de ancho y treinta de alto. Se entraba por cuatro distintos puntos á estos cuatro recintos, cuyas magníficas puertas estaban colocadas unas frente á otras, dando vista al templo.

En el pórtico interior de cada recinto había galerías que estaban sostenidas por columnas. De estas galerías ó pórticos al recinto inmediato y de la última al templo había un espacio vacío ó atrio. Al rededor de estos pórticos, y en la parte superior, estaban los departamentos de los sacerdotes; los almacenes donde conservaban el vino, aceite, trigo, madera, vestidos y todo lo necesario para el servicio del templo. En el atrio de los sacerdotes, delante del templo propiamente dicho, había un altar de cobre para los holocaustos; á un lado un depósito de fundición de diez codos de diámetro en su parte superior, que descansaba sobre doce bueyes de cobre, tres de los cuales miraban al Septentrión, tres al

Occidente, tres al Mediodía y tres al Oriente. En él se colocaba el agua necesaria para los sacrificios. Para hacer más cómoda la distribución, había á derecha y á izquierda del templo diez tinajas de cobre, cinco á cada lado, sostenidas sobre zócalos de cobre, que sostenían y transportaban de un lugar á otro cuatro ruedas de bronce como ejes del mismo metal. Sobre los zócalos se veían grabados, entre coronas y palmas, leones, bueyes y querubines.

El templo mismo, de setenta codos de largo, veinte de ancho y treinta de alto, tenía al Oriente un pórtico ó vestíbulo de veinte codos de largo y diez de ancho, que sostenían dos columnas de bronce de diez y ocho codos cada una, con dos capiteles de cinco. Una de estas columnas colocada á la derecha, se llamó *Fakin*, su sostén; la de la izquierda se llamó *Booz*, su fuerza. Era como una súplica que Salomón hacía á Dios, de asegurar para siempre esta casa que edificaba para su gloria.

En los otros tres costados del templo había tres órdenes de habitaciones que subían á la mitad de su altura, es decir, á quince codos; allí estaban guardados los tesoros consagrados al Señor. Encima de estas habitaciones había ventanas que daban luz al Santo, y al Santo de los Santos. Porque este templo de Salomón se dividía en dos, como el tabernáculo de Moisés; no era en el fondo más que el tabernáculo mismo de muy grandes dimensiones, y lo hizo fijo en vez de movable y portátil. En la primera parte el lugar Santo, de cuarenta codos de largo, veinte de ancho y lo mismo de alto, estaba el altar de oro para los perfumes, la mesa de oro para los panes de proposición, y diez candeleros de oro, cinco á la derecha y cinco á la izquierda: sólo los sacerdotes podían entrar allí. El lugar Santo estaba separado del Santo de los Santos por un rico velo, bordado de querubines, detrás del cual el gran sacerdote entraba solamente una vez al año. El Santo de los Santos, ú oráculo, tenía veinte codos en todas direcciones. En medio había dos querubines de diez codos de alto, y cuyas alas tenían diez codos de anchura; su cara estaba vuelta hacia el velo, y sus alas extendidas tocaban, las primeras á uno y otro lado de los muros, y las segundas se unían en medio del Santuario. Debajo de sus alas debía colocarse el arca de la alianza, adornada de dos querubines de menores dimensiones.

Salomón hizo adornar todo el interior del templo con molduras y relieves de cedro, y cubrió el techo de láminas de oro, unidas con clavos del mismo precioso metal; cubrió igualmente de oro los querubines, adornó todas las paredes del templo al rededor con varias molduras y esculturas, é hizo en ellas querubines y palmas en bajos relieves, y diversas pinturas que parecían destacarse del fondo y salir de la pared.

Además estaba cubierto de oro el pavimento del lugar Santo y del Santo de los Santos. Finalmente, no había nada en el templo que no estuviera cubierto tan ricamente. Con esto, todos los materiales, las piedras, las maderas y metales estaban preparados de antemano con tanto cuidado, que en la construcción de la casa santa no se oyó ni martillo, ni hacha, ni el ruido de ningún instrumento.

Refiere el historiador Josefo que Salomón mandó hacer para el servicio del templo veinte mil vasos de oro y cuarenta mil de plata; ochenta mil copas de oro para beber, ochenta mil platos grandes de oro para colocar la flor de harina que se empapaba en aceite, y ciento setenta mil platos de plata; sesenta mil tazas de oro en las cuales se empapaba la harina con aceite, y ciento veinte mil tazas de plata; veinte mil incensarios de oro para ofrecer y quemar los perfumes, y cincuenta mil para llevar el fuego desde el grande altar al pequeño, que estaba en el templo.

Este templo, comenzado el año IV del reinado de Salomón, el segundo día del segundo mes, quedó terminado el año undécimo en el octavo mes. El hijo de David empleó, pues, como queda dicho, siete años en la construcción de la casa de Dios, así como Dios había empleado siete días en la creación y dedicación del Universo.

La dedicación del templo de Jerusalén respondió á la grandeza y á la santidad del edificio.

Salomón reunió á todos los ancianos de Israel, á los jefes de tribus, los cabezas de familias en Jerusalén, para trasladar el arca de la alianza de Jehová, desde la ciudad de David sobre el monte Moriah, donde estaba la casa del Señor. Eligió para esto el tiempo de la fiesta de los tabernáculos. Y como esta solemnidad de la dedicación cayó en un año de jubileo, los hijos de Israel tuvieron tanto más motivo para detenerse quince días en Jerusalén.

Los sacerdotes llevaron el arca santa. El tabernáculo, igualmente que los vasos sagrados, eran llevados por sacerdotes y levitas. El rey y toda la multitud de Israel marchaban delante é inmolaban innumerables ovejas y bueyes.

El arca santa de la alianza fué depositada en el Santo de los Santos, bajo las alas de los grandes querubines. No había entonces en el arca más que las dos tablas de piedra que Moisés había puesto en Horeb, cuando el Eterno hizo alianza con los hijos de Israel, poco tiempo después de su salida de Egipto. Lo que allí se había tenido en más estima, la urna llena de maná, la vara de Aarón y el libro de la Ley, lo pusieron al lado.

En el momento que los sacerdotes salían del Santuario, los levitas y los cantores divididos en tres coros, bajo la dirección de Alaph, Hemán, Idithum, todos vestidos de blanco, entonaban á una voz, al sonido de los címbalos, de salterios y cítaras, y de ciento veinte trompetas que tocaban los sacerdotes, la alabanza del Señor. Las trompetas, los címbalos, los salterios, las cítaras y los otros instrumentos de música, acompañando á las voces, hacían resonar el himno de Jehová: « ¡Alabad al Señor, porque es bueno y porque su misericordia es eterna! »

Mientras cantaban este himno, una niebla llenó la casa del Señor, y los sacerdotes no podían estar ni atender á su misterio á causa de la nube, porque la gloria de Jehová llenaba la casa del señor. Entonces dijo Salomón: « ¡El eterno ha dicho que habitaría en una nube! Yo edificué una casa para morada vuestra, un trono para que habitéis en él por siempre ». Y el rey, volviéndose, bendijo á la asamblea de Israel, que estaba de pie, y dijo: « Bendito sea Jehová, Dios de Israel, que habló por su boca á David, mi padre, y que por su mano ha cumplido su palabra diciendo: desde el día que saqué de Egipto á Israel, mi pueblo, no escogí ciudad entre todas las tribus de Israel para que se edificase una casa, y mi nombre estuviera allí, sino que escogí á David para que fuera jefe de mi pueblo Israel, y mi padre David tenía bien grabada en su corazón la idea de edificar una casa al nombre de Jehová, Dios de Israel; pero el Señor dijo á David, mi padre: « ¡Qué bien has hecho en concebir la idea de edificar una casa á mi nombre! Sólo que no serás tú el que la levantará, sino tu hijo. Y el Señor ha confirmado la palabra que había dado: yo he venido en lugar de David, mi padre, me he sentado sobre el trono de Israel, como lo había dicho el señor, y he edificado la casa al nombre de Jehová, Dios de Israel, y he preparado un lugar al arca, en la cual está la alianza que el Señor hizo con nuestros padres cuando los sacó de Egipto ».

Dicho esto, Salomón se adelantó hacia el altar del Eterno, sobre un estrado de metal de tres codos de alto, á la vista de toda la asamblea de Israel, y poniéndose de rodillas, con las manos extendidas al cielo, dijo: « Jehová Dios de Israel, no hay otro Dios, ni en lo más alto del cielo, ni sobre la tierra, semejante á tí, que guardas la alianza y la misericordia á tus siervos, que marchan delante de tí de todo corazón; tú, que has guardado á tu siervo David, mi padre, lo que le permitiste, por tu boca lo has dicho, y con tus manos lo has cumplido, como lo acredita este día. Ahora, pues, Señor Dios de Israel, confirma á tu siervo David mi padre, lo que le permitiste diciendo: No será quitado varón de tu linaje delante de mí, que se sienta sobre el trono de Israel, con tal que